

Donde termina la mano del médico comienza la de Dios

Alejandra Lizarazo

4 de Mayo, 6:30 p.m. cuarto 405. Está ahí, acostado en una cama oxidada, de sábanas cuyo azul apenas tiene una ilusión de mar. Tembloroso y aún con aliento para respirar, vive dependiente de dos máquinas que le suministran alimento y medicamentos. Hace un año jugaba por las calles de Toro, Cauca. Hoy su hogar es un cuarto de dos por dos, un vidrio lo separa de sus amigos. Yo estoy bien- pronuncia con dificultad al verme. Pálido, ojeroso, con presencia de equimosis en su pecho y con menos de ocho kilos de peso, Roberto Sánchez de seis años, guarda la ilusión de conocer el mar.

Este paciente sufre de leucemia. Llegó hace ocho meses al Hospital Departamental Evaristo García de Cali, enfermo aunque con posibilidades de continuar viviendo. Desde ese entonces, su madre, Patricia Velasco, ha luchado sin rendirse contra un sistema de negligencia y corrupción que le quitó la ilusión de ver a su hijo crecer. El 30 de junio de 2009, la Corte falló una tutela a favor de Patricia y su esposo Andrés, para que a Roberto le concedieran el derecho a tener un trasplante de médula ósea. A tiempo, pudo salvarle la vida, pero ya han pasado ocho meses y aún está a la espera de que la EPS a la que está afiliado le apruebe la operación.

La Doctora Luz, Directora de la fundación, fue la encargada de decirle hace tres días a la madre de Roberto que la orden ya estaba lista, pero con estas palabras y anticipando la muerte del niño, comentó: "Ya está lista la orden para la operación, pero como Roberto está tan mal, no veo la razón de gastar una operación de trescientos millones de pesos en un niño que está agonizando".

Patricia y Rubén se limitaron a decir que están esperando la operación luego de que su hijo salga de una infección en la garganta. Con la mirada perdida, la espalda encorvada y sin pelo, Roberto se abraza a una estatuilla de la vígen que le regaló su tía.

-No me acaricies allí que me duele, dice. Le arden sus pies y no puede aplicarse algo.

A las 7:20 p.m. del mismo día entra la enfermera a ponerle más droga, y él me mira a los ojos con una tristeza profunda, como si supiera que se va a morir.

Salgo del Hospital estremecida de ver a un niño que parece un anciano diminuto. Imposible evitar las lágrimas. Es aquí donde termina la mano del médico que no puede hacer más y lo que queda es encomendarse a Dios y a la Virgen que sostiene Roberto en su mano derecha.